

CADA PERRO TIENE SU DÍA

RAMÓN CÓRDOBA

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

¿Hay un dios?

Al igual que tú, recuerdo haberme hecho esa pregunta cientos de veces y haberme respondido de maneras distintas; supongo que dependían de mi edad, mi ánimo, el desorden de mi bioquímica, la fase de mi digestión, la calidad de la droga en turno.

Hoy me lo pregunté de nuevo y mi respuesta fue: Ojalá no.

Basta. Suficiente. Ya.

Nada importan ni la posteridad ni la continuidad del ser, si en verdad las hay.

Sólo importa, en todo caso, este breve paseo por el planeta que acostumbramos llamar simplemente vida.

Cancelen mi reservación para la resurrección, diría Jim Morrison.

Así pues, aunque en estas páginas que apenas has empezado a leer aparecerán ángeles y demonios, no esperes consejos, preceptos, revelaciones, valores morales, respuestas, bitácoras, planes, retratos, moraleja.

Puedes esperar apenas un poco de orden, de método en mi locura.

Quiero dejarte muy claro que hablaré de mí y sólo de mí al principio, en medio y al final.

Tal vez hasta logre contar una historia.

La mía, claro.

Estas páginas surgieron de una invisible serie de hechos

casuales que tal vez te resulte obvia cuando las leas... o no. La cosa es que me parecen abominables los libros de memorias, el querido diario y el mensaje que se arroja al mar en una botella, y tal vez, sin proponérmelo, he conseguido mezclar aquí todo eso.

¿Por qué debería seguir leyendo?, podrás preguntarte.

La verdad simple y llana, incluso categórica, es que no lo sé.

De cualquier modo, supongo que por medio de la persistencia, la insistencia, la constancia, la perseverancia, la disciplina, algo irá adquiriendo coherencia y quedará bien establecido.

Para todos, incluso para mí.

Por ejemplo y para empezar si escribo, como creo, confiando en la parte no consciente de mi cerebro y en su habilidad primordial: la de ponerme ante un espejo fiel en donde al mirarme sé quién soy.

Y donde al mirarme, tal vez, sepas quién eres.

Así como hay palabra de dios y divino verbo, hay también un lenguaje de la droga. En ese dominio, tres palabras son sinónimo de infierno: síndrome de abstinencia. Llegas a él cuando no tienes tu siguiente dosis y cada una de tus células clama por ella o, como acabo de contar, cuando estás intentando desintoxicarte y cuentas con ayuda, médica y de un amigo, para hacerlo gradual y controladamente. Pero no es en estas circunstancias cuando sientes todo su peso, sino cuando te ves obligado a suspender, del todo y de repente, el consumo de cualquiera que sea la sustancia a la que eres adicto, ya sea porque no tienes dinero o estás en la cárcel o, iluso de ti, crees que de ese modo podrás librarte del hábito, así sea tan sólo por una temporada.

Puedes llamarlo el mono, la pálida, el pavo frío o como quieras y sepas, el caso es que el síndrome pega siempre sin piedad, incansable, imbatible, aunque con intensidades variables, según la droga de la que intentas desengancharte. Si es del alcohol o de los barbitúricos y las anfetis, la cosa se pone peluda y puede llevarte al delirium trémens e incluso a la muerte. Si es de la coca o de la heroína, estás frito, y no porque sentirás morirte, sino porque desearás morir para que tu dolor termine. Eso se llama dolor del mundo, me dijo alguien que no recuerdo, y no proviene de ninguna parte de tu cuerpo, sino de tu espíritu lacerado. No creo que esto último sea correcto. Para mí que eso es el animal en llamas, desencadenado y hambriento, haciéndote sentir toda su furia.

Leo en... alguna página web: “La teología nunca ha sido de gran ayuda, es como buscar, a medianoche y en un sótano oscuro, a un gato negro que no está ahí”. Esto lo escribió un tal Robert Heinlein, quien de seguro no hizo ninguna otra cosa digna de mención pero ahora me hace preguntarme por qué no tengo esa capacidad de síntesis y le doy vuelta tras vuelta a las mismas tonterías una y otra vez sin lograr, aunque no conste en actas, un modo tan lúcido de expresar lo que pienso y lo que siento respecto a esa invención tan llevada y traída cuyo potencial para seguir haciendo correr ríos de tinta es a todas luces inagotable y lo será hasta el Apocalipsis, que de seguro está próximo y espero ver sólo para complacerme en constatar que esta cosa malhecha en donde nos olvidó el destino se va a la mierda de una vez y para siempre, con todos nosotros a bordo.

Poco a poco, luego del veredicto de Marlén, fui consciente de que mis ojos habían resucitado. Empecé a percibir los cambios en la luz de la recámara, por sutiles que fueran, a salir al jardín, a sentarme en una silla de plástico junto a la alberca para ver el cielo vespertino, a conmoverme, odiosamente cursi, hasta las lágrimas ante los tonos dorados de los atardeceres.

Luego fueron las sombras. Grupos, masas, bultos, aglomeraciones de sombras entre el follaje de los sauces que vivían al fondo, donde el césped, siempre verdísimo y bien podado, terminaba.

Un bálsamo tibio para mi cuerpo tenso, para mi alma tensa, para mi mente extraviada.

Y una mañana, mientras yo miraba un ¿gorrión? entre los sauces, Marlén se acercó y con elegante cortesía me invitó a visitar su taller.

Estaba en la parte alta de la inmensa casa porfiriana y era un evidente pero armónico añadido a la construcción original. Rebosaba vida: jarrones, tubos de pintura exangües o a medio consumir o nuevos pero empolvados, flores en los jarrones, pinceles en los jarrones, agua fresca en los jarrones, lienzos, marcos, cuadros monumentales recargados en todas las paredes, paletas pletóricas de manchas multicolores, un sofá con tapiz color naranja y varios banquillos de diferente alzada.

La explosión de posibilidades y metas alcanzadas me hizo tambalear y Marlén, siempre gentil, me condujo, tomándome por el antebrazo izquierdo, hasta una silla de ma-

dera donde, tras no sé cuánto tiempo, respiré profundamente y recuperé la facultad de enfocar la vista con precisión.

Frente a mí había un caballete con un lienzo ¿mediano? cubierto por una pieza de tela verde claro, deslavada por el tiempo. Sin decir palabra, Marlén, que había estado reuniendo implementos dispersos por todas partes, retiró sin protocolos el trapo que lo cubría y pude ver, de cuerpo entero, a un fotógrafo en actitud de colocar en posición idónea para retratar, con una enorme cámara montada en un tripié, al espectador.

En este caso, a mí.

El personaje no tenía rostro. Vestía un anticuado traje de color ¿hueso? y portaba un sombrero gris perla. Había más cosas en la composición pictórica, pero mi memoria no logra sintonizarlas, imprimirles orden hasta fijarlas en una imagen coherente. Al fotógrafo, sin embargo, lo recuerdo cada vez con mayor detalle: los bien logrados pliegues del fino casimir en hombros, brazos, rodillas; las recias y bellas manos que parecían acariciar a la cámara, los pies calzados con zapatos bicolores, negro y blanco, como de pachuco; la posición imperativa, expectante y sin embargo relajada e invitante de quien pretende inspirar confianza.

Desde un viejo marco ¿de plata? colocado con evidente cuidado donde la luz que todo lo inundaba pudiera revelar sus detalles, encima de un banquillo a la derecha del caballete, me sonreía un hombre de... digamos... 32 años.

Es mi abuelo, dijo la pintora que, claro, se proponía llevar esa cara al lienzo. Murió hace no mucho, añadió. Era ingeniero civil, pero le hubiera gustado ser fotógrafo de esos que en otras épocas retrataban gente en los parques y en las plazas.

Acercó el más bajo de los banquillos a la silla donde yo, casi sin darme cuenta, sonreía, y me dijo que cuando empezó ese óleo, meses atrás, se propuso trazar la silueta, el contorno y a continuación las líneas del rostro, pero una serie de impulsos inexorables la llevaron a todo lo demás: entorno,

fondo, masa corporal, vestimenta, excepto a donde quería. Obedeció tales impulsos sin trámite, sin reflexión, sin cargo de conciencia, hasta llevar su obra al punto en donde ahora estaba y yo la contemplaba, azorado.

Yo no había pronunciado palabra, pero por fin lo hice cuando Marlén, tras levantarse para tomar la fotografía de su abuelo y ponerla boca abajo sobre el banquillo, me preguntó si quería posar para ella. Mejor un rostro vivo que una fotografía, sentenció.

No existe el estado de felicidad constante. No hay felicidad así, previsible, persistente, permanente, fija, estable. Carajo, esto lo sabemos todos aunque a veces finjamos que no. Hay sólo momentos de felicidad. Bienaventurados quienes los alcancen, porque sabrán que hay un Paraíso. Y verán a dios, quien si le importaras te contaría las mismas cosas que hoy intento decirte.

Pero lo haría peor.

Durante años, y felices días, añadiría tal vez mi madre, herví de ganas por tenerlo frente a mí. Para golpearlo, hacerlo sangrar, darle a probar el dolor de ser como nosotros. Como tú. Como yo. Y patearle la cara cuando, de rodillas, pidiera clemencia.

Pero ya no.

El fuego de mi adolescencia que en buena medida impulsaba esa furia, esa arrogancia, esos delirios, se ha ido.

Ya no me siento Alex DeLarge, ni soy una naranja mecánica.

Así pues, si dios viniera ahora, si gracias a sí mismo lograra encontrar la ruta hacia esta página que hoy nos tiene aquí, estrecharía su mano.

Toma asiento, le ofrecería. Ponte cómodo.

Y le daría una cerveza bien fría.

Fumaríamos un cigarro y disfrutaríamos del sol en mi terraza.

Luego, haciendo un guiño, me pediría el rifle para tirarle a las palomas.

Al noroeste de este gris manicomio asfaltado, a unos dos mil doscientos veinticinco kilómetros medidos con escrúpulo en línea recta, se asienta la única ciudad del mundo que no quiero conocer.

Los Ángeles, California. Aztlán, dicen. El Ei.

Ahí murió mi padre, probablemente sin enterarse de que se había sumergido en una pesadilla ideada por el diablo, como otras veces.

De hecho, quizá no se enterase de nada.

Cómo llegó a la cita en el momento preciso, por qué fue convidado a esa amarga cena, cuántos venenos le nublaban la voluntad, quiénes hubieran podido estar con él, compartiendo su destino...

No hay ninguna respuesta.

O hay muchas, todas especulativas.

El caso es que, como si esto hubiera sido parte de una mala película, el auto derrapó en una curva y las cabezas de Miguel, el chofer, y de mi padre fueron seccionadas con limpieza quirúrgica por gruesas y letales láminas de acero cuya función a la orilla de la autopista era otra y rodaron sobre la franja de advertencia para detenerse en la cuneta, lado a lado, separadas por un pequeño tramo de gravilla.

Y por la noche insondable de la muerte.

Trabajas en el Servicio Médico Forense.

Vas en una ambulancia que porta sirena pero jamás la enciende, pues lo suyo es recoger cadáveres, no atender emergencias.

Compartes la cabina con dos camilleros y con el cuerpo de una jovencita, bastante más completo y menos averiado que otros anteriores, salvo que donde debieran estar su oreja, su ojo, su parietal izquierdo, hay un amasijo sanguinolento de hueso y carne.

Como otras veces, te han invitado a unirte a la fiesta y de nuevo te negaste.

Sabes que siempre te negarás, aunque tras unos meses de esta brutal terapia intensiva has aprendido a no mostrar tu asco, a fingir indiferencia.

El joven cuerpo es un festín todavía tibio, dicen, anímate antes de que se enfríe, o al menos deberías de sacarnos unas fotos.

Unas fotos, sí; eso dijeron. A eso te dedicas. Sueñas con ser un reconocido reportero gráfico, pero has entrado al oficio por una de las puertas que más te desagradan: la nota roja. Era eso, o la sección de sociales. No lo pensaste mucho.

Tienes veinte años, un estómago sólido, la piel dura y apabullantes dosis de cinismo. Lo sabes porque has sobrevivido a más de cincuenta viajes en esta y en otras ambulancias.

Unas fotos, piden.

También te niegas, mientras reparas en que nunca te

lo pidieron antes.

Piensas en tu colección reservada de fotografías forenses, bella a su manera, y explicas tardíamente, pero extraviados en su lujuria no te oyen: Sólo retrato gente muerta.

Tú no lo sabes, pero faltan pocos años para que yo nazca y esto sea un recuerdo que me contarás mucho después, unos meses antes del viaje a Los Ángeles de donde regresaste en una bolsa negra dentro de un ataúd sellado que, tras el trámite en que debí proceder de nuevo a la identificación de tus restos, volvió a quedar así hasta que lo depositamos en la fosa.

Desde que me las contaste, con las escenas en la ambulancia y algunas otras de tus andanzas de esa época armaba mentalmente variadas planas de mi propia nota roja.

Sólo dejé de hacerlo después de ver, prolijamente colocada sobre el pecho, tu cabeza cortada.

Recapitulo: ya me despedí de mi rutina de tres horas diarias de cincel y marro, luego le dije por fin adiós a los escombros, y la liberación de esta gran azotea a la que suelo referirme, orgullosamente, como “mi terraza” sigue por buen camino. He calculado tiempo, costo, logística e implicaciones prácticas de la segunda etapa de esta magna obra y me propongo perseverar, como siempre y en casi todo.

Llevo ya varios días esmerándome, también a razón de tres horas diarias, en depurarla de las rebabas, plastas, imperfecciones, pegotes de cemento, alambre, chapopote y otras menudencias que el marro no pudo expulsar. Empleo para ello un cincel fino, martillo, marro pequeño, punzones, pinzas, espátulas, cepillos de alambre, limatones y hasta un formón.

Hace muy poco ignoraba los nombres o incluso la existencia de casi todos esos implementos, pero ahora los manejo incluso con destreza.

Ya falta menos para terminar, me digo.

He perseverado, como siempre y en casi todo; de hecho sigo en la tarea mientras pienso en este diario de campaña que se ha convertido además en depósito de mis recuerdos y de mis delirios en torno a muchas cosas, en especial la idea de dios.

Era inevitable, supongo. Me agrada.

La primavera fluye, cada amanecer el cielo revienta en tonos dorados y cada tarde se juntan sobre mi cabeza más

nubes que realzan este horizonte de ventanas y azoteas donde la vida... ah, la vida, jamás concede tregua.

Detrás de un ventanal plomizo hay un par de miradas impacientes por obtener material para sus fantasías. No sé si contemplar cómo trabajo les proporciona esa clase de material.

Ojalá que así sea.

Material. Así me refiero también a las drogas cuando estoy en público y hago el ridículo intento de ser discreto diciendo, por ejemplo: Vamos por más material. ¿Qué tal ese material? Y así...

Lo más que puedo hacer a estas alturas en favor de mis apreciables espías ocurre a temprana hora, cuando me despezo, me mojo la cara empinado sobre el lavadero y ejecuto una breve sesión de tai chi para activar los músculos y evitarles contingencias producidas por mis duras tareas. Además, los ejercicios despiertan los sentidos, aguzan la percepción, relajan. Y dan pie a un despliegue de posiciones plásticas para mayor regocijo del par de atentas, fogosas miradas.

Acabado el despliegue tomo las herramientas, voy hacia el banquillo que dejo siempre marcando el sitio para reiniciar la limpieza y sigo en ella, sin prisa y sin pausa.

A corta distancia, espero, algo en el fondo de unas jóvenes pupilas arde.

Todo esto tiene un encanto que reside en la repetición, la persistencia, la constancia, y en salpicones de lo inesperado.

Sí: como la vida.

En algún momento las miradas me abandonarán.

Son dos criaturas incorpóreas con el poder de estar conmigo mientras aliño esta terraza.

Ayer, tras escribir mi diario de campaña, salí a dar una vuelta en bicicleta. Siempre que estoy a punto de montarla me imagino que soy Albert Hofmann y acabo de suministrarme lo que creo una dosis mínima de LSD-25 y luego sabré que es una megadosis, e inocentemente me dispongo a regresar a casa en mi bici, creyendo que algún día no lejano los efectos de la sustancia recién descubierta serán sutiles para la medicina, en especial para la psiquiatría.

En ocasiones así, que se dan particularmente luego de usar estas páginas como confesionario y diván de terapia, mi piloto automático se activa en los primeros metros de recorrido y me mantiene en los límites de este barrio, pedaleando despacio. Sintiendo que se mueve el mundo, no la bicicleta. Alucinando un poco. El pedaleo uniforme y el silencio interno también ponen, toma cuidadosa nota de ello y no me des las gracias por descubrirlo para ti.

No pido más.

Si hay viento o brisa el paseo es más disfrutable; si no, si en ningún árbol se mueve ni una sola hoja, la sofocante calma me pone raro.

Inquieto, como si algo faltara.

Tal vez el manubrio del mundo.

Y en efecto, algo faltaba ayer, a lo mejor precisamente el manubrio del mundo; a lo mejor por eso, tras años de no verla, fui a dar a la casa de mi padre.

Me detuve frente a ella.

Pintada de color distinto al de mis recuerdos, bien cuidada, con macetas de geranios rosas en los balcones y de nuevo con pasto y plantas recién regadas en el pequeño espacio donde, desde que murió mi madre y hasta que vendí la casa, sólo hubo tierra seca.

Ahí viví casi la mitad de mi vida.

Pensé en tocar el timbre, explicar quién soy y pedir que me dejaran entrar un momento, pero no lo hice.

Sin embargo, bajé de la bicicleta para mirar de cerca.

A través de una ventana distinguí, a la izquierda de la escalera que sube desde la sala, un muro ahora de color naranja lleno de máscaras sonrientes, cada una colgando en el sitio exacto donde fue colocada desde que llegó.

Diablos, demonios, espíritus del mal bien alineados, pulcros, alertas, como dispuestos para la batalla.

Cada máscara tiene su historia.

Un viaje, una aventura, un regalo, una herida, una acción insensata.

Las contemplé cuanto quise mientras me esforzaba por no recordar. De manera inevitable, ponen demasiada carga en mi pipa mental como para fumármela en un solo día.

Luego trepé en mi bicicleta, junto con el doctor Albert Hofmann y la LSD-25, y les di la espalda.